

NICOLÁS SESMA LANDRÍN: *Antología de la Revista de Estudios Políticos*, Boletín Oficial del Estado y Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2009, 620 págs.

Noberto Bobbio escribió que el fascismo es un fenómeno político complejo y que ninguna de las interpretaciones al uso puede por sí sola explicar su naturaleza, sino al máximo iluminar una de sus partes: por eso necesitamos de todas las interpretaciones para reconstruir su significado histórico. Si el fascismo no fue sólo una reacción contrarrevolucionaria, ni sólo un instrumento de dominación de clase, ni sólo un movimiento social revolucionario, ni sólo una sacralización de la política, ni sólo una doctrina, o un lenguaje, un mito, un estilo, unos rituales... pero fue todo eso al mismo tiempo, entonces parece evidente que su definición, análisis e interpretación debe ser igualmente compleja. Seguramente, como ha señalado alguna vez el profesor Ferran Gallego, tenemos que pensar en el fascismo algo más como un proceso y punto de llegada y algo menos desde la presunta pureza de sus orígenes e ideales traicionados. Pero Nicolás Sesma hace bien en esquivar el manido debate sobre la naturaleza del franquismo y, en su lugar, aportar nuevos datos para enriquecerlo.

Así, no debe extrañarnos que la lectura de los textos incluidos en esta antología pueda provocar reacciones muy distintas. Unos ponen en evidencia la adhesión a los principios fascistas, o si preferimos, la «fascistización» de los intelectuales conservadores, con un nuevo léxico hecho de imperios, totalitarismos, jerarquías e incluso razas («Notas para una política biológica», del psiquiatra Juan José López Ibor). Otros señalan el camino a un cambio de rumbo ante la suerte adversa de las armas del Eje en Europa, marcando las distancias con los regímenes totalitarios («Los Estados totalitarios y el Estado español», de Alfonso García Valdecasas), proclamando la esencia católica del régimen español («El concepto de democracia y la doctrina pontificia», de Torcuato Fernández Miranda), llamando la atención sobre su anticomunismo («Nuestro anticomunismo», de José Corts Grau) o incluso reivindicando el contenido liberal del falangismo («El sentido de la libertad en la doctrina falangista», Javier

Martínez de Bedoya). Para eso unos se recreaban en la retórica vitalista e irracionalista del orden surgido de la guerra, verdadero plebiscito armado, mientras que otros reclamaban el lugar de la razón y el pragmatismo de las nuevas instituciones, que debían adaptarse a las necesidades históricas españolas, lejos por tanto de cualquier universalismo con tufillo racionalista... excepto el universalismo católico, por supuesto. Sin duda todo esto parece paradójico, como lo era el propio trabajo de unos intelectuales dentro de un régimen declaradamente antiintelectual.

Semejante disparidad de mensajes en apariencia contradictorios no puede ser explicada por el cinismo o el oportunismo, aunque bastante de eso hubo también, sino por la propia complejidad de la doctrina franquista, un auténtico «magma de ideas» en el que confluyen diversas tradiciones de la preguerra. Precisamente el Instituto de Estudios Políticos (IEP) y su Revista de Estudios Políticos (REP) fueron un laboratorio intelectual donde estas ideas eran elaboradas, traducidas o criticadas de cara a la construcción de un discurso y una política de «alta manera» para el régimen español, un *think tank* diríamos hoy, a semejanza de los creados por el fascismo en otros países de Europa. Un laboratorio al servicio de la política y sometido a su vez, como puede imaginarse, a las restricciones y vaivenes de la política, en un itinerario paradigmático de la evolución de la dictadura y de la existencia en su seno de proyectos políticos distintos.

De esa diversidad de «estratos» ideológicos y de ese itinerario entre 1941, fecha de fundación de la revista, y 1956, con el cese de su director Javier Conde tras la crisis de febrero de ese año, trata esta antología recopilada, comentada y prologada por Nicolás Sesma, aunque en el título falte, inexplicablemente, cualquier referencia a esos límites temporales. Licenciado por la Universidad de Zaragoza, becario en el IUE de Florencia y autor de una tesis doctoral sobre el Instituto de Estudios Políticos bajo la dirección de Miguel A. Ruiz Carnicer, recientemente galardonada con el premio «Miguel Artola», Nicolás Sesma ha publicado ya parte de sus investigaciones en revistas como *Ayer*, *Pasado y memoria* o *Historia Contemporánea*. Y en el caso que nos ocupa, lo primero que debe reseñarse es su competencia al acometer los retos que plantea cualquier antología, especialmente en la selección de los textos (26 entre los más de quinientos aparecidos en casi noventa números), en su anotación para dar algunas claves que permitan o faciliten su comprensión, y en su estudio conjunto para proponer una interpretación global de la historia del Instituto dentro del régimen de Franco.

Por supuesto podrían haberse elegido otros artículos en lugar de éstos y seguro que no habrá resultado fácil dejar fuera algunos tan sugerentes como «El criticismo noventayochista y José Antonio», de Gaspar Gómez de la Serna; «Constitucionalismo y derecho constitucional», de García Pelayo; «Arte y política», de Ángel Álvarez de Miranda, o «¿Patriotas o traidores?», del marqués de Valdeiglesias. Lo importante es que parece haberse seguido un criterio de

representatividad de los autores —por ejemplo, el conde de Romanones colaboró en una ocasión, pero en ningún caso es un autor representativo del grupo— y de equilibrio, repitiendo pocos nombres para dejar sitio al mayor número posible o buscando la mayor variedad de temas, aunque sin ánimo de exhaustividad dado el poco espacio disponible. Si, como parece, se han seguido esos criterios (no los he encontrado explicitados en ninguna parte), el resultado obtenido es encomiable. Los textos proceden de las secciones Estudios y Notas, aunque el indudable interés de otras secciones como Libros o Crónica queda reflejado en el estudio introductorio.

Igualmente interesantes y acertadas son tanto las breves biografías que introducen a cada uno de los autores, como las notas a pie de página que dan algunas claves interpretativas no siempre al alcance de los lectores. Quizás podrían haber sido más, aunque es de suponer que se ha tendido a la mayor economía de espacio posible en una obra de más de 600 páginas. Por cierto, la edición ha economizado también en el tamaño del libro y el papel elegido, creo que con acierto, pero podría haber optado por una solución menos drástica, sobre todo en el tamaño de letra, probablemente incómoda para muchos lectores. Tampoco hubiera estado de más, como nunca lo está, un índice onomástico al final.

Como es obvio, la mayor aportación del autor está en el largo —unas cien páginas— estudio preliminar, no tanto por lo que describe sino por lo que interpreta. Inicia con una reflexión sobre el papel de los intelectuales en el franquismo para enmarcar la creación del IEP en 1939 dentro de un proyecto más amplio destinado a crear un aparato ideológico, de propaganda y de reclutamiento de nuevos cuadros políticos, semejante al levantado por el fascismo italiano. Junto a otros medios, como la revista *Escorial*, el IEP estaba en la base del proyecto fascista del sector falangista ligado a Serrano Súñer, para «la construcción de una comunidad intelectual unificada y disciplinada», en palabras del autor, que se proponía como una síntesis superadora del pasado, precisamente integrándolo en una línea de continuidad que partiendo del esplendor imperial de los Reyes Católicos pasaba por el regeneracionismo noventayochista e incluso el liberalismo de los grandes maestros como Unamuno u Ortega y Gasset.

Durante la primera etapa, bajo la dirección de Alfonso García Valdecasas, fue ya evidente esa amalgama de tendencias de la que hablaba al principio de la reseña, explicable por los puntos de partida diversos en el proceso de «fascistización» de los intelectuales, así como la confluencia de la Falange y el catolicismo militante de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP) dentro del IEP. El autor critica la interpretación construida a posteriori sobre un improbable «falangismo liberal» y, al mismo tiempo, creo que sitúa en sus justos términos la aportación de los liberales a la construcción de la doctrina falangista. Quizás la historia hubiera sido otra si la institucionista Junta de Ampliación de Estudios (JAE) hubiera becado en la liberal Inglaterra y no en la Alemania nazi a varios de los autores que encontraremos luego en estas páginas. Paradojas del destino.

Nicolás Sesma no deja de señalar los límites de un proyecto lastrado por la dramática represión cultural y la presión de los sectores del régimen opuestos al poder de Serrano Súñer y su proyecto político-cultural, e interpreta la pérdida de influencia de este grupo entre 1941-1942 en términos de «fracaso», plasmado en la renuncia al modelo político, económico, sindical e incluso demográfico defendido desde las páginas de la revista y, en particular, a la intervención en la II Guerra Mundial al lado de las potencias del Eje. Un fracaso inevitable, considerando el resultado de la contienda, pero que, en cualquier caso, no provocó una ruptura dentro del IEP ni siquiera tras la llegada a la dirección del falangista-católico José María Castiella en 1943. Con él entraron varios destacados colaboradores procedentes de la ACNP, cuya contribución sería fundamental para la elaboración de una doctrina sobre la democracia orgánica y cristiana, que no concedía nada a la democracia liberal restaurada en parte de Europa pero que respondía a un intento de adaptación estratégica a las nuevas circunstancias internacionales. En la nueva coyuntura el Instituto no perdió protagonismo, al contrario, señaló el nuevo rumbo con una serie de artículos que echaban mano del amplio arsenal ideológico a su disposición para marcar las distancias con las naciones derrotadas y poner las bases de un proceso de institucionalización después de 1945 con el Fuero de los Españoles, la Ley de Referéndum o la Ley de Sucesión.

El autor analiza las contradicciones entre los distintos niveles de discurso en función de los distintos círculos políticos, intelectuales o diplomáticos a los que iban dirigidos, y por la coexistencia de diversos grupos ideológicos en su seno. No obstante, como él también constata, esas aparentes contradicciones aparecen a menudo en un mismo autor, una prueba más del sincretismo que caracterizó la doctrina franquista y, lo que es más importante, de la funcionalidad de esa síntesis en la cambiante coyuntura internacional y en la pretensión, en absoluto tan alejada de la realidad como hoy puede parecer, de conectar con el catolicismo ultraconservador europeo. El catolicismo y el anticomunismo, pero también el realismo y el pragmatismo, fueron parte integrante de ese discurso que dio argumentos para superar la fase de mayor aislamiento.

El «renacimiento» falangista de finales de los años cuarenta tuvo inmediato reflejo en el IEP con el nombramiento de Francisco Javier Conde como director, quien trató de abrir el Instituto a las corrientes de pensamiento europeas y norteamericanas. No como un intento de liberalización, sino con los objetivos que tuvieron los sucesivos proyectos falangistas de reforma del franquismo: la relegitimación del régimen a través de un consenso social más amplio, el desarrollo de una opinión pública limitada, la conexión con un europeísmo conservador, anticomunista y católico, la superación de las formas políticas existentes en una síntesis original, de participación orgánica, y la construcción de un discurso cultural verdaderamente nacional y no «excluyente», incluso mediante la integración de una parte de la España vencida, sobre el irrenunciable valor fundacional del 18 de julio como nacimiento adánico de una España nueva.

Para ello impulsó la profesionalidad y el rigor científico, incorporando a autores de la llamada «tercera vía», es decir, los integristas herederos de *Acción Española* que tenían su propio *think tank* en el CSIC y revistas como *Arbor* o *Ateneo*, e incluso profesores depurados como García Pelayo o González Vicén (en un campo intelectual donde las relaciones personales son siempre un factor a tener en cuenta). La traducción de autores extranjeros como Kelsen, la recepción de la sociología anglosajona a través de Gómez Arboleya o Salvador Lissarrague, los debates sobre el humanismo con la intervención de Tierno Galván o Carlos Ollero, o la nueva perspectiva sobre el liberalismo europeo de Julián Marías, Díez del Corral o Maravall dan indicios sobre la profundidad del cambio, aunque la lectura de sus respectivos textos también deja bien claros sus límites.

El IEP se alineó con las fuerzas representadas por Joaquín Ruiz-Giménez en el Ministerio de Educación Nacional desde 1951, después de que Raimundo Fernández Cuesta comprendiera que bajo la batalla cultural lo que se dirimía era el futuro político del régimen. Por eso mismo sufrió las consecuencias de esa segunda derrota, con el relevo de Javier Conde. Para entonces ya estaba claro que había fracasado también en su objetivo de formar una nueva generación de intelectuales al servicio del régimen, aunque jóvenes como Manuel Fraga, Jesús Fueyo, Rodrigo Fernández Carvajal o Manuel Alonso Olea garantizaron la reproducción del sistema en la segunda fase de la dictadura. Muchos otros comenzaron entonces a alejarse de ella, en gran medida influidos por el conocimiento del mundo exterior propiciado desde el IEP. Era una paradoja, otra más, de las que jalonaron la historia del Instituto y del propio franquismo.

*Javier Muñoz Soro*

Universidad Complutense de Madrid